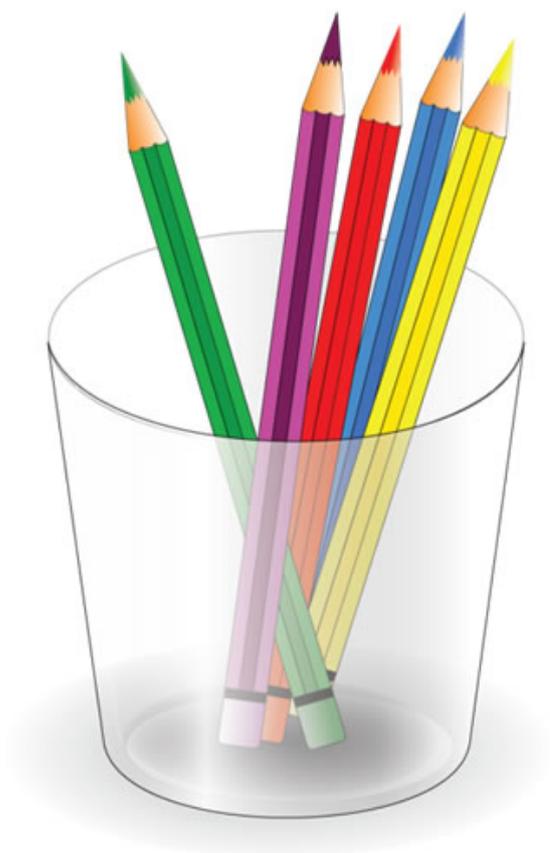


Antología del Hombre Sin Pulso

Hombre Sin Pulso



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

*Un recuerdo es más resistente que el acero o el diamante. Te alegra el alma o te destruye la paz
de la noche. Eternamente tuyo.*

Agradecimiento

Pido perdón por anticipado a todos aquellos, a los que la curiosidad les conduzca hasta este libro.

Sobre el autor

Hombre, español y deseoso de contactar con otros mundos. El resto es secundario.

Índice

El Cielo

Cinco veces por dos.

Tus señas

El ángel caído

Y

Fuiste tú

Gritos y susurros

Sur

UN REINO PROHIBIDO

TU MUJER ES LA MÍA

Extraño y enemigo

VIDA Y MUERTE

Hormiga

Serán mis palabras tu pañuelo (a Sara)

Amor de dos tiempos

Fui dolor

Hijos

UCRONÍA

TÍMPANO Y PÁRPADO

COSAS DEL MAR

A veces dudo.

MIRA COMO MIRA

Tu nuca

OÍDO EN UN BAR

Sola

El río

Un palacio

Sharon, Susan y Debbie

El Cielo

El cielo es esto, te dije. Tú en el hueco de mis piernas,
yo con un vaso en la mano
y tu boca en la mía.

Tú no hablabas,
te apretabas fuerte contra mi pecho
y tus manos se entrelazaron
tras mi espalda.

El cielo es esto, volví a decir.
Luego, me contaste historias de tu infancia,
locuras de juventud.
Me hablaste de otra época,
de otra gente.
El bar estaba repleto,
pero nos sentíamos solos.
Pegados el uno al otro.

El cielo es esto, repetí.
Y levantaste el rostro.
me devolviste una mirada cargada de amor,
y supe que la eternidad
cabe en un instante,
porque un instante es eterno
en el recuerdo.
El cielo es esto.

Cinco veces por dos.

Amo tus pies
inquietos, alados, bailarines
que corren ante mi armados de tacón
retumbando valientes en el piso
el tam-tam de tu presencia.

Amo tus pies
desnudos, desvalidos, desarmados
jugando al escondite en los pliegues de las sábanas
escalando con calma mi espalda
aliados de tus manos para explorar mi piel.

Amo tus pies
amo tus diez dedos pequeños, heridos, sufridores
que consuelo con la pasión de un sultán en su harén
besándolos uno a uno.
Cinco veces por dos.

Tus señas

Acaso es tu pezón izquierdo
o la estrella tatuada en tu cadera.
Quizá sea la mínima cicatriz de tu espalda
o el modo de gemir mi nombre
cuando no eres capaz de mentirme.

Puede que sean tus dedos deslizándose
por el slalom de mi nariz hasta mi sexo.
O la cadena que se balancea en tu cuello,
rozándome labios saciados de lujuria
mientras tu cuerpo estalla al contacto de mi cuerpo.

Te juro que no estoy seguro.
No sé lo que vislumbro al cerrar los ojos
y pensar en tu nombre,
flor de flores, hundido en las tinieblas del recuerdo,
tu pezón, tu cadera, tu cicatriz,
tu colgante, tus dedos.
Señas escritas en un sobre de nostalgia
cartas de amor sin dirección ni nombre.

El ángel caído

Nunca caí del cielo:
me arrojaron.
La vanidad protegió mi caída
y el odio amortiguó el golpe.
Pero nada evitó el desgarró.

Mis vísceras sembraron hiel
en kilómetros a la redonda.
Quemaron bosques,
mataron bestias,
e impregnaron de negro
a quienes en vuestra inocencia
llamáis hombres.

Del exterminio nada se salvó,
nada merecía salvarse.
Tanto abultaba mi sufrimiento
que ni un hueco restó al perdón.

No existió piedad,
nadie osó esperarla.
Fue lo único sensato
de muchas estériles vidas.
Algo es algo.

Y

Y nuevamente correr

y trepar a las nubes

y saltar océanos

y alcanzarte

y abrazarte

y sentirte

y amarte.

Yo sólo quiero que lo sepas

yo sólo quiero

yo solo

yo

y

Fuiste tú

Tú eras azul
negra, verde, violeta.
Y yo te miré
y te vi roja,
naranja, de color de fresa.
¿Quién mentía?
Mis ojos
agitando pestañas invisibles
decían: No, nosotros no.
Mis manos
molinos de aire en el cielo
gritaban: no fuimos nosotros
no.
Mi boca
besando tu piel, centímetro a centímetro
llego a olvidar un beso
allí donde tu cuerpo se une con el cielo.
No fue la boca
no.
Fuiste tú.
Entera tú.
Olvidaste que eres roja, naranja, de fresa.
Olvidaste que tu color
es del color de quien te mira
quien te admira.
Yo soy de tu color.
Porque tú y yo somos lo mismo.

Gritos y susurros

No se encuentran en el mercado negro
ni en el salmón de los periódicos
ni en los selectos círculos de Wall Street
pero yo te aseguro que es verdad
que el kilo de gemidos cotiza al alza
por encima del yen y el dólar.

Por eso colecciono tus suspiros
tus jadeos, susurros y gemidos
guardados tras el blindaje de mi memoria.

Y cuando quiero, los extraigo
los recuerdo, los acaricio
como un avaro recuenta sus monedas:
en soledad, con los ojos brillantes de codicia
tras la puerta cerrada del recuerdo.

Y dejo volar tus gemidos, tus gritos, tus jadeos
y tú vuelves a estar aquí, a mi lado
radiante, libre, cercana, eterna
entrando a raudales por mis oídos.

Yo beso tu voz sin palabras
que ilumina las tinieblas de mi alma.

Sur

Hoy, nueve años, seis meses y seis días
después de la última vez que te vi
he sentido un cosquilleo en la punta de los dedos
y he visto renacer en mis manos
la ficticia ilusión de tu piel,
el vello de tu sexo,
de tus lágrimas.

Hoy, con el infinito cargado a mis espaldas
he visto en el espejo un brillo que no recordaba en mis ojos.
Y me he asomado a la ventana orientada al sur
soñando con un avión,
con una llamada de teléfono,
con un tren cargado de arrepentimiento.

Ha sido una debilidad.
Tan sólo un cosquilleo en la punta de los dedos,
cosquilleo solo.

Fíjate que tonto:
tantos recuerdos gastados por sólo un cosquilleo.

UN REINO PROHIBIDO

Tan sólo deseo ser el rey
de ese lugar que existe
detrás de tus ojos.

Un reino al que conduce
el infinito camino azul
de tu mirada.

No hay fronteras ni límites
en ese pequeño imperio
que me pertenece.

No hay palacios ni tesoros
allí únicamente flota la nube
que reúne tus recuerdos.

No hay cetro, ni trono, ni armiño.
Mis pies están descalzos
mis manos vacías.

Pero sigo siendo el rey de tu memoria
y jamás podrás extirparme
del prohibido país de tus sueños.

TU MUJER ES LA MÍA

Resulta
señor, amigo, camarada
que tu mujer no era tan estúpida como pensabas
que además de algo bajo la falda
tiene un órgano decadente y anticuado:
un corazón.

Resulta
que tu mujer llevaba años sin reírse
sin que alguien le demostrase
que una puesta de sol
es más divertida que una barbacoa con los vecinos.

Resulta
que a tu mujer le gusta olvidar de vez en cuando
que es madre amantísima
y recordar que es Eva primigenia
para tentar al propio diablo con la comba de su sonrisa.

Resulta
que tu mujer necesita la mágica electricidad
de un beso en el escote
y que una mano deslizándose hasta el final de su espalda
consigue acelerar su pulso mientras entorna los ojos.

Resulta
que tu mujer precisaba humo de cigarrillos
sorbos de alcohol y besos clandestinos.
Que le sobraban telenovelas
que odiaba los sábados en el "hiper" tras un carrito.

Resulta
que tu mujer me estaba buscando sin saberlo,

que al fin ha desempolvado su vida
ha enterrado su pasado
y ahora corre sonriendo a mi lado.

Resulta

señor, amigo, camarada
que tu mujer ha dejado de serlo.

Tu mujer es la mía
y tú no eres siquiera un recuerdo
si acaso, una triste pesadilla.

Extraño y enemigo

A menudo veo sus ojos cansados,
la caracola de su barba,
el imprevisible surco entre sus ojos.

Puedo vigilar sus manos
la obscena zarpa de sus dedos.
Observo el miedo tras sus arrugas
aferrado al gris de sus cabellos
el pozo triste de su mirada
el humillado pliegue de sus labios.

Veo el peso de los años
de ilusiones perdidas por el camino
de los juguetes rotos, del naufragio
de recuerdos atrapados en el tiempo
sin futuro ni presente, ni hoy ni ayer
asustado espíritu de pájaro ciego.

Miro a ese hombre extraño y enemigo
terrible y silencioso. Solitario prisionero
atrapado en el brillante azogue
encadenado al fondo del cruel espejo.

VIDA Y MUERTE

Vida es oírte gemir de placer
atrapado entre tus brazos.

Vida es caminar de la mano
por una playa infinita.

Vida es sumergirme en tus ojos
y leer lo que no me dicen tus labios.

Vida es fundirnos en un beso
que encierra todos los besos del mundo.

Vida es correr a ninguna parte
a bordo de un rayo azul tapizado de música.

Vida es escucharte pronunciar mi nombre
mientras navego por el océano de tu piel.

Vida es descifrar los jeroglíficos
que tus uñas y dientes escriben en mi cuerpo.

Vida es contemplarte al menos
una décima de segundo al día.

Muerte es sólo una cosa: tu ausencia

Hormiga

Un agujero minúsculo, apenas un capilar bajo la tierra
y cien, mil, un millón de insectos negros
escarban y se afanan creando y deshaciendo hileras,
interminables filas entre tallos de hierba.

¿Llueve? Simplemente riega un jardinero
y las gotas parecen mundos estallando
alrededor de los seres inquietos, todo patas y antenas
alrededor del hormiguero que el barro tapona.

Su mundo de dos dimensiones no ofrece disculpas
ni explicaciones. Las hormigas son arrastradas por el agua
y las supervivientes entrechocan con terror sus antenas
quizá esperando aplacar con sus ritos
al dios de la lluvia que las mata.

¿Cómo podrían imaginar que además del ancho y largo
existe un alto.

¿Cómo imaginar la existencia del jardinero que maneja la manguera?

Ese hombre que acabado su trabajo
recoge su chaqueta y emprende camino a su casa
y mientras marcha por la calle levanta la cabeza
y dice mirando el cielo:
"Dios quiera que esta noche no llueva".

Serán mis palabras tu pañuelo (a Sara)

Una flor roja en la sábana
germina a la mujer que dormía en ti.
La niña se pierde en la distancia
en el país donde las muñecas son reinas,
caramelos los sueños, magos los padres.

Una rosa en la nieve de tu cama basta
para tinter de escarlata tu mirar
y tu reír y tu soñar y tu discernir
y la nueva ventana que ya son tus ojos
repentina se abre de golpe a la luz.

Pasa el tiempo, galopan los años
apenas queda rastro de la niña que guíe
cogida de la mano, protegida entre gigantes
bajo el eterno paraguas de mi amor
padre, siervo y bufón. Jamás señor.

Y llegará ese día, hostil instante
cuando tu corazón estalle, ardan tus sueños
sientas todo el peso de la vida y no esté yo.
Llorarás entonces, quebrarás la voz
sangre de mi sangre, pulso de mi corazón.

Sean ese día mis palabras tu pañuelo
escritas en el cielo, en el aire, en el sol
capaces de consolar cualquier sufrimiento
porque mi ausencia no existe:
estoy aquí, a tu lado, mi princesa, mi amor.

Amor de dos tiempos

Como un motor de dos tiempos
basta una chispa para poner en marcha el engranaje
pero hemos gripado nuestra pasión.

Las piezas se atascan con frecuencia, falta aceite,
como una fiera moribunda ruge el émbolo,
cigüeñales y bielas partidos, no hay combustión.

¿Quién echó arena al engranaje que da marcha al corazón?

No hay quien camine sin explosión,
es inútil probar a echar a andar sin gasolina.
A nuestros recuerdos les falta una bujía.

El árbol de manivela crece sin raíces,
no hay válvula de escape ni compresión:
ni me comprendes tú ni te comprendo yo.

¿Quién echó arena al engranaje que da marcha al corazón?

Falla la mezcla y me falta el aire
el tubo de escape se he conectado al radiador
ese "pop pop" vaticina la catástrofe.

Los frenos fallan, la alarma grita,
se multiplican los dos tiempos del motor,
la carretera nos abre vía libre hasta el desguace.

¿Quién echó arena al engranaje que da marcha al corazón?

Fui dolor

Todo yo fui una herida
fui dolor
fui una fruta reventada en el suelo
fui piel quemada
fui miembros desmembrados
fui asfixia
fui pellizcos de tenaza
todo yo fui una gota de sangre
gigantesca gota roja,
un océano de dolor y rabia
al observar tu mirada
lejos,
más lejos aún,
cada vez más lejos.

Hijos

Dos manos pequeñas
cuatro ojos flotando a mis costados.
Caminamos de la mano
los tres juntos
unidos en un solo cuerpo
que corre, salta y ríe
sobre seis pies felices
capaces de emular al viento.

No hay nubes negras
no existe el miedo
sólo fresca hierba
y un enorme arco iris en el cielo.

Sus carcajadas son mi sangre,
su fuerza vital mis huesos,
nada puede detenernos.
Estamos juntos, somos uno,
la tierra y el aire nuestros.

De la mano y con ellos
nada importa. Todo es bueno.
Lo oscuro queda atrás
y por delante sólo hay tiempo.
A su lado y de la mano:
todo infinito, todo eterno.

UCRONÍA

Ucronía es el tiempo que pudo ser y no fue,
dicen los expertos que atornillan palabras
a los diccionarios.

Ucronía es aquello que alcanzamos a imaginar pasado
sin que el destino le deparase ser presente.

Ucronía son los besos que pude darte
y ... ¿qué pasó aquella tarde que no pude hacerlo?
Son los viajes, las playas, los hoteles
que no llegamos a conocer,
las maletas que no llegamos a llenar,
las camas que no nos permitieron ocupar.

Ucronía es un ¿qué hubiera pasado si...?
Son hijos tuyos y míos
¿qué hacen, dónde están, cómo serían hoy?
Son pasos en el vacío, mordiscos en el agua.
Son cicatrices que no fue el tiempo
capaz de escribir en nuestra piel.

Ucronía es también un refugio.
La cueva donde oculto la cabeza
imaginando como sería mañana
si ayer no hubiera sido ayer
y hoy no lloviese como llueve hoy.

TÍMPANO Y PÁRPADO

Espero que algún día te conviertas en tímpano
aunque sólo sea por unos segundos
para escuchar lo que gritan mis folios,
los nombres que pronuncian las fotos que guardo;
para oír lo que susurran los rincones de mi cuarto
y las maletas del trastero, y mis zapatos viejos
y esos sombreros desvencijados que tanto odias.

Espero de corazón que algún día,
aunque sólo sea por una vez en tu cuadriculada vida,
descorras al fin los párpados de tus oídos
y escuches lo que el universo entero está gritando
por más que mis labios no sean capaz de pronunciarlo.

COSAS DEL MAR

Hay en mí un marinero
de gorra azul, galones de plata
y huellas de tempestad bajo los párpados
que busca el océano en ti.

Hay un pescador
dueño de redes inútiles e infinitas
creador de estelas a su paso
que busca la perla que tu guardas.

Hay un grumete
de ingenuo mirar y risa sin trabas,
tembloroso como un pez,
que busca estrellas en ti.

Y también Neptuno está en mí
de afilada voluntad, corona sin brillo
y caracoles por zapatos
buscando incansable la sirena que me ocultas.

A veces dudo.

A veces dudo.

Lo reconozco, a veces dudo
cuando te veo rodeada de gente
y quien dice gente, dice bocas
dice ojos que no ven
dice oídos que escuchan sin oír
dice infame soledad.

Reconozco que dudo
y ya no sé si lo de ayer fue un sueño.
Ya no sé si te escuché o imaginé
decir que yo era tuyo
o que tú eras mía
o qué sé yo qué decías tú
o tal vez era yo quien lo decía.

Dudo hasta que, levantando la vista
atiendo a la llamada de tus ojos.
Entonces puedo ver que no he soñado:
te miro y leo en tus pupilas
que no hay sombras a tu lado
que me dedicas mil instantes cada día
que tus besos sólo son de mis labios.

Es lo que pienso cuando dudo
muy de tarde en tarde
sólo de vez en cuando.

MIRA COMO MIRA

Cuando la miro mirarme
yo levanto los ojos y sonrío
pero si pudieras asomarte a la sima de mi sonrisa
descubrirías el infierno de Dante.

Sencillamente ella se para ante mí
junta sus tobillos mientras alisa su falda
y me mira.
Y yo miro como me mira
con la mayor estúpida sonrisa del universo
y sigo sonriendo
mientras el plomo derretido me reduce a la nada
y aún continuo sonriendo
cuando me despido con un gesto
y la tarima, el asfalto y la piedra
se abren bajo mis pies.

Ella me mira y yo la miro mirarme
y el dolor de los recuerdos pesa tanto
que aún no entiendo
como no ha pulverizado mi hipócrita sonrisa.

Tu nuca

Tras una esquina
- sorpresa, de repente, casualidad-
encontré tu nuca que volaba calle arriba
ajena a los hambrientos ojos que la seguían.

De puntillas, silencio de silencios,
te escolté a un metro de distancia
al alcance de mis manos
pero tan lejos de mis besos
como el paraíso del infierno.

Levitaba tras tus pasos
sustituyendo el aire por tu perfume
- ese que tantas veces había envidiado
al verlo flotar tras tus orejas (*¿De Ci De Là se llamaba?*)-
aspirando hasta la última molécula de tu esencia.

Me deslicé tras tu nuca
hasta que notaste el aguijón de mi presencia.
Y te quedaste quieta.
El mundo se hizo silencio
tan sólo el repetido trueno de mi corazón
ensordecía el instante.

Lentamente volviste la cabeza
- primero el perfil de tu nariz,
después el color de tu mirada-
Parado ante ti,
una estatua de carne con mi nombre.

Rígido, expectante, moribundo...
abrazado a un dios en el que jamás había creído.

Metí en los bolsillos mis manos,
prohibiéndolas volar a tu encuentro.
Una sonrisa en tu rostro.
- Tú, ¡no puedo creerlo!-
Un rictus en mi boca.
-¡Cuánto tiempo sin verte!

El universo giraba a nuestro alrededor,
podía sentir planetas y lunas
rozarme las pestañas.
Parado ante ti
volcanes, hurácanes, terremotos y bombas nucleares,
no conseguían despegar mis pies del asfalto.

Y supliqué al dios que no existía
en el que nunca creí,
que me concediese la eternidad allí mismo.
De pie, como un imbécil con las manos en los bolsillos,
a un metro de ti
en mitad de la calle
entre peatones, autobuses y vehículos aparcados
mirando tus ojos
y respirando tu aliento y tu perfume.

OÍDO EN UN BAR

Usted disculpará que me inmiscuya.
Según algunos dicen, el tiempo es oro
y usted derrocha el suyo
salpicando de babas y penas al camarero.

Permita si soy ahora yo quien le escupe unas verdades
siempre que usted pague unas copas, claro.

Acierto a entender que ella se fue.
- Adiós, auf wiedersehen, bye bye ?
Que ha pasado de princesa a zorra
en lo que yo tardo en trasegar un litro de blanco.

Deduzco que esos lagrimones, bufidos y desesperos
gozan de la tenacidad de lo ensayado
de lo repetido sin fin en una casilla del cerebro
que en los buenos tiempos ya preveía los amargos
soñando en secreto con vacas flacas
y los días oscuros y feos.

Colijo ? y observe que ando fino-
que usted está disfrutando su desgracia
que tan feliz es embadurnándonos con su pena
como cuando deslizaba el caracol de su mano
por la piel de la espalda redentora
y agarraba voraz sus caderas
para alzarse hasta el trofeo de sus besos.

Verborrea aparte
basta un vistazo a su careto
fijarse en el temblor bufón de su belfo

en esas tambaleantes gotas de sudor
para transformar lástima en desprecio.

Concédame un ápice de sinceridad
- ya sabe lo de niños y borrachos,
y yo enterré mi infancia bajo árboles calcinados -.

Usted, bendito y adorado cerdo
espónsor de mis copas y mis desafueros
usted no estaba enamorado.
Ni la quiere ni jamás la ha amado.
Encoñado si acaso.
No más que eso: encoñado.

Sola

Podrás sentirte sola
pero el ardiente peso del recuerdo
acompaña tus soledades
una noche más.

Podrás perderte en las estrellas
pero el cielo marca rutas y veredas
para guiarte de vuelta
al refugio de tus sábanas.

Podrás abrir ventanas muertas
correr escaleras abajo
deslizarte por aceras desiertas
pero el tiempo de música y sonrisas
terminó para siempre.

Es hora de llorar, piensas
mientras escuchas mi llamada.
Mi presencia al otro lado de la puerta.

El río

El río que hay en ti
tiene un puente tendido
que cruza el torrente de tu mirada
y llega a la orilla donde te aguardo.

El río que hay en ti
es negro, profundo y rápido.
Corre por el fondo de tus ojos
y suena con rumor de agitado pulso.

El río que hay en ti
está habitado por peces que yo alimento.
Transporta carpas, que son celos
y truchas, que son versos.

El río que hay en ti
me invita a ahogarme hoy y siempre,
a despeinar mis cabellos sumergidos
y a convertir mi piel en cieno.

Un palacio

Ella se vestía
mientras yo permanecía
perezoso y remolón en la cama.
Ella corría de un lado a otro de la habitación
como con alas en los pies.

Yo la observaba.
Dios mío, cómo la observaba.
A través de las persianas semicerradas
penetraban mil espadas de sol.
Aquella habitación era un palacio
con un preciosa princesa
de zapatos de cristal.
Mi princesa.
Después ella se acercó sonriente
y me besó.
Al oír cerrar la puerta
también yo cerré desesperado los ojos.

Al abrirlos
el palacio de oro se había transformado:
sólo era un triste cuarto,
un ruidoso cuarto vacío.
Únicamente una pizca de cacao en mis labios
daba cierto sentido a mi vida.
Dios mío, como la eché de menos.

Sharon, Susan y Debbie

Buen viaje, les deseó la Estatua de la Libertad.
Adiós, adiós, gritaron los presidentes del Rushmore.
Hasta la vuelta, les dijo el cowboy de Las Vegas.
América entera suplicaba: no tardéis en regresar.

Sharon, Susan y Debbie llenaron de sonrisas mil maletas
para cruzar de un salto una frontera inútil y sin voz;
alcanzaron una península remota con rostro de mujer,
piel de toro, orgullo en la sangre y ojos de carbón.

Descubrieron el país donde las viejas piedras hablan
y las cigüeñas recortan en el cielo su silueta.
Ese lugar donde los caballos bailan en las plazas
y los santos duermen en campos de estrellas.

Don Quijote les prestó a Rocinante,
el Cid puso en sus manos las riendas de Babieca
y Santiago, por no ser menos,
para ellas ensilló su caballo color de luna llena.

Sharon, Susan y Debbie escudaron con conchas el corazón
cruzaron ríos, atravesaron valles y pueblos desiertos,
bajo la sombra de árboles tan viejos como el universo,
tras la estela amarilla que conduce a la catedral del perdón.

A cada paso, Sharon soñaba mientras Debbie reía.
Delante de ellas, Susan saludaba: ¡buen camino!
Los cascos de los caballos dejaban su eterno rastro,
sendero trazado en el cielo, ruta del peregrino.